

UNA NOCHE EN...

## EL ZETA CERO

Por Franca Velasco Martín, colaboradora ICAVA



El turno de noche del servicio de Seguridad Ciudadana de la Policía Nacional comienza a las diez y termina a las siete de cada mañana. El servicio está dividido en cinco zonas, cinco distritos de Valladolid a los que están asignados cinco indicativos, los zetas, que, por aquello de ser nocturnos reciben el nombre de "lunas" y el apoyo del "zeta cero", en el que viaja el subinspector; que se mueve libremente por la ciudad, acudiendo allí donde se decide que son necesarios refuerzos. También llaman "lunas" a cada uno de los agentes que viajan en los coches, diez en total, coordinados por el cero y un séptimo coche en el que se mueve el inspector.

Todos se mantienen en contacto permanente a través del H21, la Sala Conjunta del 091 y 092 en la que hacen guardia agentes de la Nacional y la Municipal.

Llegamos justo en el momento que ellos dedican habitualmente a tomar un café, sobre las once de la noche, pero, haciendo alarde de su exquisita prudencia, se cuidan mucho de decirlo. Tendrá que transcurrir buena parte de nuestra común aventura nocturna para que Carmelo y Domingo, subinspector y agente de policía respectivamente, hayan adquirido la confianza sufi-

ciente para confesarlo y decidan proponer un alto en el camino.

Pero deberíamos empezar por el principio, cuando, a la puerta de la Comisaría de la calle Felipe II, estrechamos las manos e intercambiamos nombres, sonrisas, fórmulas de cortesía y agradecimientos. Los agentes nos presentan el "Combi" que se les ha asignado para pasar la noche con nosotros, un vehículo de nueve plazas, con un panel de separación entre las cinco primeras y las posteriores, donde usualmente se transporta a los detenidos, y que se usa "cuando hay algún evento especial", pero que ocasionalmente, esta noche, hará las funciones de zeta cero.

Tan pronto como nos encaramamos al auto, ambos auguran una noche "movidita".

"Ya tenemos un detenido por violencia doméstica", apunta Carmelo mientras su



compañero, al volante del "Combi", pone rumbo a la noche vallisoletana.

Tanto uno como otro están permanentemente en el turno de noche por decisión propia. "Yo tengo una niña de cinco años", declara Domingo, "y para mí este turno es el mejor, porque me gusta pasar tiempo con ella durante el día, así que duermo mientras está en el cole y cuando me levanto, voy a buscarla y tenemos toda la tarde para nosotros".

Mirar las calles de la ciudad a través de las ventanillas del zeta cero es como ver pasar una película, da otra visión de la realidad, la del espectador que no se implica, el mirón de la "Ventana indiscreta", al margen de lo que ocurre. Las luces de las farolas, los faros de los vehículos, las caras de quienes pasean por sus aceras o salen de los bares parecen diferentes. De repente, quien no está acostumbrado, tiene la sensación de ver la noche del viernes *desde fuera*, de haberse convertido en el ojo que todo lo ve, algo así como el notario de la noche, el famoso "gran hermano".

El murmullo ininterrumpido de la radio de la Central empieza a escupir información. Hay un segundo caso de violencia doméstica en el Paseo de Zorrilla, pero nuestro primer destino está más cerca.

Carmelo no despega el oído del walkie que conecta con la inspectora que coordina el servicio, y ese es precisamente nuestro primer puerto de atraque: el subinspector y la inspectora se ven siempre a primera hora. Pilar quiere conocernos, así que nos dirigimos a la plaza de Poniente para encontrarla.

### Una balsa de aceite

Pilar Olalla despliega su gran sonrisa en cuanto nos bajamos del coche. "Es una tía majísima", había anunciado Domingo antes de llegar, y efectivamente, comprobamos en relajada charla que Pilar no crea distancias, contrariamente a lo que podrí-



an sugerir su puesto y su nivel de responsabilidad.

Su currículum es impresionante. A pesar de su juventud, y desde su Segovia natal, viajó a muchos otros destinos en pos de su formación y su experiencia hasta llegar a ser, a día de hoy, la única inspectora jefe de Castilla y León.

Este, —en Valladolid y desde hace un año—, es su estreno en Seguridad Ciudadana, pero antes ha pasado por la Policía Científica, Homicidios, los Grupos de Análisis y Tratamiento de la Información y la Unidad Central de Inteligencia Criminal.

No es de extrañar, por tanto, que después de haber batallado en todas esas áreas y en ciudades mucho más grandes y conflictivas como Bilbao o Barcelona, diga que Valladolid es “una balsa de aceite”.

*“Problemas de tráfico, controles de alcoholemia, cuatro robos, peleas entre bandas rivales, alguna complicación en los ‘after hours’ y poco más”, dice, “y ahora, desgraciadamente, la violencia doméstica, eso sí, esta noche ya van dos casos”.*

Las zonas más complicadas de la ciudad son —especialmente los fines de semana por la noche—, la plaza de Coca y Cantarranas, donde grupos de jóvenes provocan peleas a la hora de salida de los bares de copas. “Los skins y los sharps se calientan, van un par de ellos al hospital y luego, cada uno a su casa”.

Los inmigrantes, sin embargo, coinciden los agentes, “resuelven sus problemas entre ellos y no llaman a la policía”. Las comunidades de otros países se han asentado por zonas. En Pajarillos hay una población mayoritariamente del Este mientras que los sudamericanos suelen vivir en Rondilla. “Todo está estudiado”, sonríen.

Los “lunas” del zeta cero vuelven a ponerse en marcha. La Central informa de que traen a un preso de la cárcel de Villanubla al hospital Clínico. Uno de los coches tiene que quedarse de guardia mientras el recluso se someta a las pruebas que los médicos decidan. La Base pide “mucho cuidado” y eso indica que el preso es peligroso.

### En las zonas marginales

Las amplias travesías del barrio están desiertas. El zeta se detiene en la calle Águila unos instantes, pero a la vista, sólo un grupo de muchachos con el pecho descubierto miran al coche de reojo.

Domingo arranca de nuevo y conduce hacia el cruce de la avenida Juan Carlos I con la carretera de Renedo, zona habitual de prostitución por la que los vehículos de policía transitan con frecuencia.

Rumanas, nigerianas y algunos travestidos caminan despacio, indolentemente y con sorprendente tranquilidad a la vista del coche, al que incluso saludan con la mano. “A muchas ya las conocemos”, dicen los

agentes, “y mientras no se metan en algún lío, no hay motivo para detenerlas, porque no están haciendo daño a nadie”.

En ocasiones, la policía viene precisamente en respuesta a sus propias llamadas. “A veces se pelean entre ellas por las esquinas, o denuncian algún coche sospechoso o a alguno que viene a bajarse los pantalones”.

El zeta da media vuelta y se dirige hacia el barrio España. Allí, un grupo de jóvenes cantando en una esquina ni siquiera advierte nuestra presencia.

La tranquilidad parece reinar en las zonas históricamente marginales de la ciudad, algunas de las cuales, en los últimos años, están sufriendo una importante transformación con nuevas edificaciones y movimientos vecinales que contrarrestan su supuesta conflictividad.

Domingo confiesa que su vocación nació con él. “Mi abuelo fue guardia de asalto y mi padre inspector jefe”, dice orgulloso. “Yo sin embargo”, responde Carmelo, “entré en esto de la manera más tonta, hablando con mis amigos un día. Uno de ellos dijo que era un reto para cualquiera, porque no todo el mundo es capaz de asumir el riesgo, y entonces me lo planteé en serio y pensé que yo sí era capaz”.

En la radio, la Central informa de un tercer episodio de violencia en el hogar en la calle Juan de Valladolid. Se trata de una pareja de portugueses.

Nos encontramos en Rondilla. Al girar en una calle, Domingo y Carmelo se miran y señalan con la barbilla a un grupo de jóvenes: “¿Qué harán esos por aquí?”.

Un grupo de 7 u 8 skins camina en dirección contraria a la nuestra. “Es raro que estén por aquí, suelen encontrarse en bares muy determinados de la zona de San Juan, y aquí, en Rondilla, hay mucho extranjero”, dice Carmelo. “Vete a saber a quién estarán buscando”.



De inmediato, piden a la Sala que envíen a la zona a algún agente de paisano *“a echar una ojeada”*.

### La Sala Conjunta

Precisamente allí nos dirigimos. Es medianoche. Las puertas de la Jefatura de la Policía Municipal se abren para dar paso a nuestro zeta. Decenas de coches policiales se encuentran aparcados en un gran patio, al fondo del cual se abren las escaleras que van a dar a una estancia donde los dos cuerpos trabajan codo con codo.

Dieciséis pantallas de tráfico muestran imágenes de otras tantas calles de Valladolid, y otras 15 cámaras vigilan las dependencias municipales. Frente a los agentes, sentados a sus ordenadores, están además dispuestas otras dos grandes pantallas *“para el caso de que sea necesario ver algo más de cerca”*, dice el jefe de Sala.

La Sala Conjunta, que utiliza el GPS para seguir a los vehículos, funciona desde hace un año. *“Ha sido una gran idea”*, dice Domingo, *“porque mejora la coordinación, evita que las llamadas se dupliquen y que aparezcan agentes de los dos cuerpos a la vez en el mismo sitio”*.

*“Es muy eficaz”*, coincide el jefe de Sala, *“ahora sabemos todos a dónde vamos cada uno y a qué”*.

La aportación de los medios humanos y materiales es paritaria por parte de ambos. Igual que con las dotaciones, — además de un zeta de la Nacional, también hay un coche de la Municipal en cada distrito— los operadores de Sala son dos del Cuerpo Nacional de Policía y dos de la Policía Municipal y el jefe de Sala —esta

noche un Municipal— es un mando de la escala de subinspección de cada cuerpo, en forma alternativa.

*“Acabo de hablar con la portuguesa”*, espeta uno de los agentes que estaba al teléfono, *“dice que ya no la pega y no nos deja entrar... tiene un niño de dos años”*, se lamenta.

*“¡Vaya noche!”*, exclama el jefe de Sala meneando la cabeza, *“llevamos tres casos de malos tratos seguidos, pero por lo demás, las noches suelen ser tranquilas, algún accidente con un herido y alguna alcoholemia positiva”*.

A la una de la madrugada se activan los controles de alcoholemia y la vigilancia en los polígonos industriales de Argales y San Cristóbal. El dispositivo se monta por sistema, todos los fines de semana.

Carmelo se acerca a buscarnos. Los skins que hemos visto en Rondilla están persiguiendo a una persona y se han enfrentado a la Policía Municipal en la esquina de Cardenal Torquemada con Santa Teresa. Solicitan refuerzos.

Bajamos las escaleras con energía y regresamos al vehículo. Domingo enciende la sirena y se salta los semáforos en rojo. El sonido de la alarma llena las calles prácticamente vacías, retumba contra los edificios y transforma la noche en una cinta cinematográfica.

### Sharps y skins

Frente al hospital Río Hortega hay aparcados ya cuatro coches de policía, y un grupo de jóvenes contesta con chulería a una agente de la Policía Municipal.

Carmelo y Domingo se acercan y requieren a los individuos que se identifiquen. En el



suelo, algunas piedras que los sospechosos han lanzado cerca de los agentes al llegar.

Los miembros de ambos cuerpos intercambian confianzas a la espera de que los individuos se tranquilicen. *“Cuando empiezan a faltar, malo”*, susurra Domingo mientras el cabecilla del grupo lanza su arenga contra el sistema.

Aunque su lenguaje es agresivo y su actitud desafiante, no parecen llevar armas y los agentes tienen controlada la situación.

Carmelo se lleva los DNIs al zeta para confirmar que son legales. *“Paso los datos a la Sala y allí se comprueba si tienen algo pendiente o antecedentes”*, dice, *“y si no va identificado se le traslada a Comisaría para poder hacerlo. Si tiene algo pendiente, dependiendo de que sea un delito o una falta, se le pone en libertad o se le deja detenido”*.

Es casi la una de la madrugada cuando se les permite marchar. Los vehículos policiales empiezan a circular cuando otra banda surge de Santa Teresa y se dirige tras la primera. *“Dentro de diez minutos ya la volvemos a tener”*, dice Domingo.

La Central avisa que una joven pide auxilio en el parque de La Paz, en Delicias. El informante asegura que la están agrediendo. El zeta emprende de nuevo el camino, mientras la radio comunica de que en un altercado en un bar se han requisado un arma blanca y un puño americano.

En el parque de La Paz se encuentra ya una dotación de la Policía Municipal. La chica en cuestión afirma que de los dos muchachos que la acompañan, uno es su novio, y que no ha pedido socorro, así que el Combi abandona.

A la una y media, el control de alcoholemia de la calle Tirso de Molina se está desman-



telando. "En un rato lo montamos en otra parte", dicen, "porque si no empieza a correrse la voz y la gente se da la vuelta". Junto a la furgoneta de Atestados, Carmelo charla con un agente de la Policía Municipal.

"Siempre se ha hablado de piques entre ambos cuerpos, pero para nada, no tenemos en absoluto ningún conflicto, ni de tipo personal ni de intervención, ellos tienen muy definidas sus competencias exclusivas, como ruidos, tráfico y ordenanzas municipales, y en el resto, colaboramos", garantiza Domingo.



### En Comisaría

Nuestro siguiente destino es la Comisaría de Delicias. Un joven de 21 años ha sido detenido por un delito de amenazas graves. Según la víctima, —el portero de un discobar—, tras negarle al joven la entrada al local debido a su estado de embriaguez, éste comenzó a increparle, diciéndole "mira lo que tengo, esto no va a quedar así", a la vez que se levantaba la camiseta dejando ver una pistola.

Aunque la pistola intervenida es de aire comprimido, puede ser confundida con un arma de fuego real.

Accedemos unos instantes a la oficina de denuncias para conocer su funcionamiento mientras el detenido presta declaración y Carmelo se ocupa de los trámites.



La espera es larga. "¿Ves?", dice Domingo, "esto es lo que menos me gusta, esperar... a mí me gusta la calle, yo no valdría para trabajar en la oficina".

Pilar y su acompañante reaparecen por la entrada del patio de acceso a la Comisaría, preguntando cómo lo llevamos. En la puerta de entrada, alguien fuma un cigarrillo, y la noche se estira como chicle, mientras charlamos sobre la experiencia de Domingo como escolta en Madrid. Un rato después, el joven sale esposado hacia los calabozos.

### La madrugada

Apenas hemos llegado al Combi, el walkie del subinspector anuncia que se persigue a un vehículo que se ha saltado la mediana para evitar un control de alcoholemia en el Paseo de Zorrilla. No podemos perdérselo.

El zeta vuela de nuevo hacia la zona de Vallsur. Una feria de luces de colores anuncia desde lejos la presencia de otros coches policiales, que han interceptado al fugado. Son ya las tres de la madrugada.

Trámites burocráticos tienen al conductor y su acompañante paralizados en mitad de la vía, rodeados de policía por todas partes, a la espera de poder realizarle la prueba de alcoholemia. "A este paso", dice Domingo, "cuando se la hagan, ya no va a quedar rastro de alcohol".

A las tres y media nos dirigimos al Clínico. El preso enfermo va a ser ingresado en un módulo de seguridad. El zeta que lo custodiaba lleva en el hospital cuatro horas y pide el relevo, de modo que vamos a supervisar el cambio de guardia.

La sala de espera de Urgencias está prácticamente vacía. Carmelo desaparece de nuevo de nuestra vista, pero en esta ocasión la espera es breve.



A las cuatro estamos en La Victoria. Algunos vecinos han denunciado que un grupo está volcando contenedores. El zeta, en las hábiles manos de Domingo, describe círculos por las complejas calles del barrio, pero no hay rastro de los alborotadores. Los municipales requieren nuestra ayuda para poner en pie los recipientes de basura desparramados, y alguien, desde una ventana, facilita la descripción de los gamberros. Nadie en nuestro camino responde a ella.

Media hora más tarde volvemos al centro. El coche se cuele por la zona peatonal de la plaza Mayor. El espectáculo es lamentable. Como muchas otras noches de fin de semana, los pequeños arbolitos plantados con mimo por los jardineros del Ayuntamiento para embellecer la ciudad yacen en el suelo, arrancados de raíz de sus jardineras. Hay quienes entienden que esto es un deporte y son incansables en la destrucción por la destrucción.

Por la radio nos comunican que el conductor que se saltó la mediana ha dado negativo en el control de alcoholemia.

Los dueños de los bares de la zona del Coca sacan sus cubos de basura. La noche concluye para la mayoría, aunque Carmelo y Domingo continuarán patrullando las calles hasta que amanezca.

A las seis y cuarto, Carmelo consultará las incidencias de la noche en la Sala Conjunta y la Oficina de Denuncias para elaborar su informe.

"Para ser un viernes" dice, "no ha sido demasiado problemático, aunque había agentes destinados a algunas cosas excepcionales, con lo cual, en la calle éramos menos".

El tráfico prácticamente se ha desvanecido. Aislados grupos de jóvenes empapados en alcohol caminan por las aceras. El resto de la ciudad duerme. Quedan los lunas.